

El exilio de las cosas*

Mercancía y mercantilismo

Juan Manuel Silva Camarena

Coordinador del Programa de Formación de Investigadores e Investigador de la Facultad de Contaduría y Administración, UNAM

Es tan normal la presencia de las mercancías en nuestro mundo actual, que cuando uno quiere decir algo acerca de ellas inevitablemente siente que en verdad no hay nada que decir. Las mercancías son algo comprensible de suyo. Las mercancías son mercancías, eso es todo. Cosas que se venden y cosas que se compran. Tanto para quienes viven vendiendo cosas (los que llamamos comerciantes, vendedores), como para quienes las compran para vivir (compradores, consumidores), nada tienen de especial las mercancías.

La palabra mercancía no aparece, pongamos por caso, en los diccionarios de filosofía, porque es común creer que no representa ningún problema para el conocimiento o para la existencia humana. Y en algunos de sociología, el término sólo se menciona en relación con el mercado, cuando se dice, por ejemplo, que el mercado de mercancías, de un modo similar al mercado de trabajo, tiene que ver con la regulación de las leyes de la oferta y la demanda. Desde luego, las mercancías tienen que ver con los llamados problemas económicos; por un lado, su cantidad y su calidad son **causa** de determinados fenómenos económicos, y por otro, su distribución y su destino en los mercados son un **efecto** de la vida de la economía.

Al hablar de las mercancías y la economía nuestra mente, en asociación espontánea, se encamina rápidamente hacia el famoso libro de Marx titulado

“El capital”, porque en él aparece el también famoso capítulo sobre la mercancía, donde se pone en relación estrecha el mundo de las mercancías con la riqueza de las sociedades del capitalismo. A cualquiera de nosotros, o casi a cualquiera espanta la posibilidad de un mundo en el que ya todo es mercancía: las cosas, el dinero y las personas. Pero ahora no vamos a hablar de la teoría marxista de la mercancía. Lo que intentaremos hacer, en cambio, es comunicar a ustedes el hecho inquietante de que una peculiaridad importante de nuestro propio ser está a punto de convertirse en una lamentable, trágica deformación del mismo. Desde antaño se sabe que somos el ser que incluye a todos los demás, porque podemos hablar de ellos. Así, una cosa de la que nadie se ocupa, porque ninguna persona habla de ella, en cierto modo está incompleta. Paradójicamente, nosotros necesitamos de todas las cosas para ser como somos, no sólo para hablar de ellas con el prójimo (que ya tiene su importancia considerable), sino para ser lo que somos. Es decir, sin mi relación con las cosas mi ser se va poco a poco desvaneciendo y finalmente puede convertirse en nada. Esto no es literatura, sino ontología estricta. Por un lado, ¡qué suerte que hay cosas! Por otro

* Ponencia presentada en el IV Foro Nacional de Investigación en las Disciplinas Financiero-Administrativas en la ciudad de México el 29 de octubre de 1999.

“necesidad” o el “placer” de tener esto o aquello. Dobleadas, subyugadas o cuando menos seriamente debilitadas las fuerzas de nuestra razón, parece (de nuevo) lo más natural del mundo preferir tener algo a no tenerlo. *Rerum natura?*

Pero hay algo aún más inquietante. Por alguna razón (que no deja de tener cierto carácter siniestro), nos parece mejor tener esto o aquello que ser esto o lo otro. Y esto revela, por un lado, que el poder de persuasión de los sedicentes medios de comunicación han violado grave y escandalosamente los límites de nuestra intimidad; y por otro lado, que la educación ha fallado al no fortalecer de un modo suficiente nuestras fuerzas para ser quien queremos ser, como deseamos ser, y particularmente, al ser incapaz de proponer modelos de auténtica hombría. Hoy cualquiera diría sin desvergüenza o cinismo fingido que ya ha pasado de moda eso de ser alguien, eso que hasta hace poco tiempo se conocía como vocación (para ser de un modo y no de otro), y que en todas las épocas había hecho de la vida algo que valía la pena de ser vivida.

Ciertamente es tan difícil a veces ganarse el pan con honestidad y lealtad, con fidelidad verdadera, que no hay lugar para miramientos. El nuestro es un tiempo sin miramientos. Ya no los hay quizá porque son pocos quienes se los merecen. En todo caso, cuando nuestro ser ha quedado ya demasiado mermado, sólo importa comprar bien, vender bien, venderse bien. Y tal vez por eso el sentido común suele desesperarse tan rápidamente: ¿quién quiere entender algo, si es tan urgente poseer, tener, dominar, hacer suyo el mundo de las cosas y las personas, acomodarse bien? ¿Y la ganancia de todo esto? (porque hablando de mercancías no falta el mercachifle para quien sólo tiene sentido la ganancia). Es importante la ganancia, sin duda alguna, porque muy afortunadamente la ganancia no es lo único importante que ofrece la vida.

Sin recurrir al hecho de la ambición humana y la avaricia (que siempre han seguido tan de cerca nuestros pasos), preguntémonos: ¿qué es poseer? Suele pensarse que en un estado del hombre “primitivo” que se encuentra en una vinculación simpática con las cosas⁶, confundido con ellas, a partir del cual entrar en un largo proceso de diferenciación e individuación⁷ para poder llegar hasta el momento extraordinario en el que puede decir “yo”. Cobra conciencia de su identidad (empieza a tener conciencia de sí mismo, sin confundirse ya con ninguna cosa ni con ningún otro sujeto). Este proceso en el que adquiere un ser propio, y que lo vive como suyo, debe ser similar a ese otro en el que el niño va adquiriendo noción de sí mismo y de su diferencia respecto a los demás y respecto a las cosas. Esto es algo que sucede más o menos así.

De algún modo, la conciencia de ser parece incluir la conciencia del tener. Pero no vamos a sostener que descubre que “tiene” un cuerpo, porque se da cuenta de que “tiene” manos y piernas, cabeza y boca, etcétera. Salvo casos de afección patológica, el ser humano nunca se ve a sí mismo como un “alma” que “tiene un cuerpo”, sino como una unidad, como lo miran los demás, y tal como él mismo capta al prójimo. En esa unidad de sí mismo, y cuando empieza a conquistar los márgenes que la necesidad y el azar le dejan a su libertad, empieza a poseerse a sí mismo, y por tanto, nace la experiencia de la posesión. ¿Y en qué consiste esta posesión de sí mismo? En la rectoría de sus actos.

Pero obviamente esto no tiene que ver con tener cosas. Entonces ¿cómo va a poseer después las cosas que dirá que son suyas? Es suya su vida (y

⁶ Cfr. E. Cassirer, *Antropología filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura*, tr. de E. Imaz, Fondo de Cultura Económica, México, 1971.

⁷ Cfr. Eduardo Nicol, *La idea del hombre*, ed. cit.

humano *es según se relaciona con lo que no es*⁸, todo cambia. El mundo de las cosas, pues, tampoco es ajeno a lo que somos. Si somos capaces de reconocer que nuestro ser es algo mucho más frágil de lo que nos imaginamos, aceptando que depende de nuestra relación con los demás, con la divinidad y con la naturaleza, las cosas adquieren una dimensión diferente y cobran mayor importancia para nuestra vida. Las formas distintas de relacionarnos con las cosas, nos hacen ser diferentes. Y al revés: porque somos distintos, nos vinculamos con las cosas de modo diferente. Nuestra vida, todos lo sabemos, está acompañada siempre de cosas, grandes y pequeñas, triviales o de gran importancia.

Y para bien o para mal, una de las formas más comunes en las que el hombre se relaciona con las cosas es poseyéndolas. ¿Y no diríamos más bien que para mal, porque teniéndolas evitamos una auténtica relación con ellas, puesto que su papel de mercancía a través del cual realizamos su posesión oculta su verdadero rostro al vestirlas con el ropaje de la utilidad (incluso cuando se trata de objetos que denominamos de mero ornato, porque precisamente *nos sirven* para adornar).

¿Qué queremos decir con esto? Parece necesario tratar de aclarar lo que significa tener una cosa. La ambigüedad que el lenguaje permite circular libremente en esta idea de la posesión nos impide advertir rápidamente lo que aquí se pone en juego. De un modo similar a las personas, a la cosa no la podemos tener nunca si somos incapaces de mantener con ella una genuina relación entre lo que ella es y lo que somos nosotros. Si la cosa no tiene que ver con mi ser, no puedo tenerla nunca en sentido estricto. El caso de la posesión amorosa, es un ejemplo muy bueno de lo que queremos decir. En otras palabras: si no tiene nada que ver conmigo, la cosa o la persona siempre permanecerá respecto a mí en una relación de pura exterioridad. De paso esto mismo puede indicar el sentido

de la aparentemente inexplicable frustración de lo que suele llamarse sexo sin amor (que en alguna medida, a veces, envilece a uno o a ambos de los amantes). Tal vez al recordar los automóviles antiguos, comparándolos con los nuevos, o mejor: un teléfono de esos que teníamos antes en casa, comparándolo con los que ahora podemos llevar por todas partes, podría darnos una mejor idea de lo que intentamos pensar. Los dos aparatos, desde luego, son sustituibles y desechables, cosas de la tecnología actual, pero el primero formaba parte de nuestro ámbito familiar privado más fácilmente que el segundo (¿por eso los seguimos conservando con cierta nostalgia entretejida de recuerdos?).

El engaño de la mercantilización consiste en que nos hace creer que tenemos la cosa siempre y cuando podamos adquirirla justamente como mercancía, es decir, a través de un acto de compra y venta. Pero en realidad esta ilusión desaparece cuando notamos que la cosa no es en realidad nuestra en el sentido en que nos gustaría que lo fuera, pues el ser dueño de ella es un acto de dominio que se reduce sencillamente a un (posible) nuevo acto de compra y venta. Ese dominio consiste, en primer lugar, en que me puedo deshacer de la cosa poniéndola en venta y vendiéndola efectivamente, y en segundo lugar, significa que soy dueño del poder de destruirla, parcial o totalmente, precisamente porque al haber pagado su precio, me he apoderado, lo más seguro es que de un modo inadvertido, de ella. En otros términos: es mía, puedo hacer con ella lo que yo quiera. En este sentido comprar algo es, radicalmente hablando, adquirir el poder de su destructibilidad. Tener una cosa, en cambio, en un sentido auténtico es (como le pasa al niño que ha entrado en una relación verdaderamente afectiva con una flor o una mascota) quedar incapacitado ya para poder participar en

⁸ Cr. E. Nicol, *La idea del hombre*, ed. cit.

Pero las cosas, como si fueran personas, se pueden querer, se dejan amar. Son nobles, y nos dejan ver su propio ser si se les mira desinteresadamente, si se habla de ellas libremente (sin la sujeción a la necesidad), si se les permite traspasar la exterioridad de nuestra piel (con una mirada como con la que el filósofo ve el cosmos entero, si se expresan como lo que puede ser dicho poéticamente, si se les acoge en un acto semejante a ese con el que el pintor ofrece sus ojos para que aparezcan los árboles y las montañas, las nubes y las aves). Y no es otra la experiencia en la que dolor y placer se entrelazan cuando el boticario ofrece sus fármacos al enfermo y el librero transfiere sus libros a quien los necesita. Pero son sólo fármacos o sólo libros para los que *nada más* venden medicinas o *nada más* venden libros. A pesar de algunas cosas, pues, las cosas se pueden amar intensamente. Piensen, por ejemplo, en la sustancia que cura la enfermedad de un ser querido; en el alimento para el hambre de un niño o un damnificado; en las cobijas que nitigan el frío de un anciano; en las flores que le dicen a una persona que alguien la quiere.

A las cosas les va mal, sin embargo, cuando se junta su utilidad y nuestra actitud pragmática. Entonces, no nos cuesta trabajo deshacernos de ellas vendiéndolas o desechándolas. Y ganando dinero al venderlas, se establece un círculo más perverso que vicioso: porque el dinero también es útil para comprar cosas útiles. Y no vale la pena hablar de las cosas malas, las que hacen daño.

Donde hay un hombre, hay alguien; donde hay alguien, la cosa puede ser cosa de veras, puede ser algo para alguien. La cosa no es nada cuando no hay nadie en relación con ella. En rigor, no existe como tal cosa sino en su relación con el hombre. Y aunque a menudo podamos olvidarnos fácilmente de cosas y personas, en las ocasiones que dan cuerpo a lo que somos, el vínculo ya no puede deshacerse.

Podemos construir un ejemplo. Que la imaginación, pongamos por caso, nos ayude a poner en nuestra mente un par de zapatos que alguien dejó en casa antes de partir. Unos zapatos que todavía tienen el olor de esa persona. ¿Recuerdan como describe Heidegger los zapatos de Van Gogh⁹? Pero ahora no estamos pensando en los zapatos de una campesina. Más bien en los de alguien que todavía amamos. En cierto modo, ellos hacen que esa mujer esté todavía con nosotros. Al voltear la vista y encontramos inesperadamente con ellos, frente a ellos, en una realidad tan real que no podemos negar bajo ninguno de nuestros recursos, nos hallamos cara a cara frente a ella. Parece que esos zapatos, su peculiar olor y lo sutil de su perfume (que todavía vaga caprichosamente por distintos lados de la casa) son lo único que nos queda de ella. No son, entonces, cualquier par de zapatos. Son la cosa más conmovedora para nuestro corazón, y por eso, sin que podamos explicar por qué razón, hay algo que nos impide regalarlos, destruirlos o tirarlos. Los amamos tanto como a quien caminaba con ellos y a veces, como fastidiada de ellos, los echaba a un rincón, como si ya no los quisiera. Se comprende que nosotros hoy los queremos mucho, sea de noche o por la tarde, incluso cuando la sonrosada luz del amanecer precede la salida del sol.

Ahora bien: ¿podríamos nosotros deshacernos de ellos vendiéndolos? Hablemos de vender y comprar zapatos. Hablemos de ellos como mercancía. Un buen día estuvieron ahí, relucientes, muy bien acomodados, vistosos, más lustrosos por los reflejos del cristal de la vitrina en la que los exhibía la zapatería, atractivos para cualquiera. Como tales, eran sólo una mercancía (el objeto por excelencia de nuestro mundo, de este mundo nuestro

⁹V. M. Heidegger, *Arte y poesía*, tr. de Samuel Ramos, Fondo de Cultura Económica, México, 1973; J. M. Silva Camarena, "La vida no es fácil", *Revista Anthropos*, número extra 3, 1998, Barcelona, 106-112.

que dizque por mucha necesidad vende todo). La mercancía que es el producto último de un complejo proceso de una empresa (materia prima, empleo, dinero, administración...). Ahí estaba, por tanto, su valor de uso y su valor de cambio; y anónimamente, sin notarlo, el esfuerzo de un callado trabajo humano, realizado quizá en agotadoras jornadas de labor. En ellos había una etiqueta con un precio, que alojaba cifras que seguramente simbolizaban muchas cosas; ahí, a través de ellos, funcionando la magia de los anuncios, de los acomodos en los aparadores, de los retoques con nata para el charol, la crema o la grasa para calzado bien acabado, y por supuesto, con el beneficio de los juegos de luz que los hacían más finos, más buenos, más caros; y ahí, claro, las convicciones y las tácticas de la mercadotecnia, los ardides de la publicidad, las así llamadas invisibles manos del mercado, la metamorfosis poderosa por medio de la cual se logra que las tallas grandes se vean pequeñas, y que éstas ostenten la gracia que no tienen ni tendrán nunca. Ahí, todo eso.

Para ella, después de que los compramos (quién sabe si al contado o con una tarjeta de crédito, no importa por qué necesidad) todo eso había desaparecido y había sido sustituido por una relación con ellos muy personal, singular, en un complejo y al mismo tiempo sencillo acto de adopción. Ahora bien: ¿cuáles son las vicisitudes por las que tiene que pasar una mercancía para que un día, si las cosas salen bien, alguien pueda adoptarla, comprarla? Después de esto, ella pudo decir más de una vez, como una auténtica expresión de su sentimiento de posesión, que eran sus zapatos. Es cierto que ella también pudo haberse desesperado de ellos (por una callosidad o una uña enterrada, o si se quiere, como consecuencia de las desilusiones provocadas por la moda de hoy, que ya no es la de ayer, y extrañamente algún tiempo después nunca podría ser la de mañana). Un día, sin más, pudo haberlos abandonado. Los pudo haber sustituido por otro par de zapatos nuevos. Creemos

que eso fue lo que hizo. Como lo necesitaba en su nueva situación. Pero mientras estaban en uso, eran parte de lo que ella era, tal y como ahora son parte nuestra las lágrimas del desamor que día tras día (a veces no, es cierto) se han acostumbrado a convivir con la soledad irremediable de un par de zapatos abandonados en alguno de los sitios de lugar donde vivimos. ¿Podríamos, acaso, venderlos?

Adopción, abandono, sustitución, pérdida, desamor. Enamoramiento de ella, a quien a veces parecía gustarle mucho sus zapatos. Adopción del trabajador que los hizo con sus propias manos, en movimientos manuales que muchas veces tuvieron que ser más una tierna caricia (parecida a la suavidad con la que les quitamos el polvo que el tiempo deja que se les venga encima) que el manejo enérgico de un pedazo áspero de cuero en la realización de un trabajo (quién sabe si para cumplir bien su oficio, para quedar bien con un patrón que quizá cada vez lo hostiga más para incrementar su productividad, si para ganar un poco más, para hacer bien las cosas, o sencillamente para desquitar el sueldo). Y un día tuvo que deshacerse de ellos. Un día quiso deshacerse de nosotros. El obrero de todos modos necesita obtener el pan de cada día, como quien necesita el beso de cada día, la red afectiva de una voz y unos brazos que lo sostiene aunque caiga desde cualquier altura. ¿Podríamos, entonces, aceptar algún dinero por ese par de zapatos?

¿Qué pasa cuando vendemos las cosas? ¿Qué sucede cuando compramos o vendemos cosas? ¿Cómo es posible, en general, la compra y la venta de las cosas? Podemos vender una cosa siempre y cuando estemos en condiciones de romper o suspender nuestra relación íntima con ella para poder llevar a cabo la transacción. De lo demás no sabemos mucho. Al parecer, sólo el poder nihilizador del dinero puede debilitar, adormecer y finalmente anular la relación que naturalmente se pro-

duce entre el ser de las cosas y el nuestro, convirtiéndolas a ellas en mercancías y a nosotros en consumidores. Pero nada garantiza del todo, para siempre, que poco a poco, sin darnos cuenta, de un modo inesperado, para bien nuestro, nazca o renazca eso que nos hace querer entrañablemente las cosas. Lo que no debemos perder de vista es

el hecho de que cuando se compran o se venden mercancías, querámoslo o no, nos guste o nos disguste, las cosas van desapareciendo de nuestro mundo personal, como en lo que se asemeja a una aceptación forzada de un destierro del que nunca se sabe si podrán volver. (A)

Cursos de Actualización

CAMPUS JURIQUILLA

CUATRIMESTRE MAYO-AGOSTO

FECHA INICIO

TOTAL HRS.

MAYO

ESTRATEGIAS DE NEGOCIACIÓN Y VENTA
PROCESO DE MEJORA CONTINUA EN LA MICRO,
PEQUEÑA Y MEDIANA EMPRESA
EVALUACIÓN DE PROYECTOS DE INVERSIÓN

03 MAYO 00
03 MAYO 00
03 MAYO 00

16 HRS.
16 HRS.
16 HRS.

JUNIO

CALIDAD TOTAL: PROYECTO EMPRESARIAL
IMPOSTERGABLE
TALLER DE NÓMINA (IMSS, SAR, INFONAVIT)
TALLER DE ADMINISTRACIÓN FINANCIERA

07 JUNIO 00
07 JUNIO 00
07 JUNIO 00

16 HRS.
16 HRS.
16 HRS.

JULIO

TALLER DE PRESUPUESTOS
ISO 9000 AUDITOR INTERNO
TALLER B10 Y FAS B52

05 JULIO 00
05 JULIO 00
05 JULIO 00

16 HRS.
16 HRS.
16 HRS.

AGOSTO

BENCHMARKING Y LOS SISTEMAS DE MEJORA
CONTINUA
REINGENIERÍA DE PROCESOS
CALIDAD EN LOS SERVICIOS

10 AGOSTO 00
10 AGOSTO 00
10 AGOSTO 00

16 HRS.
16 HRS.
16 HRS.

Informes y Reservaciones: Teléfonos: (014) 238-11.90, 238-11-96, 97 y 98. **Fax:** (014) 234-08-22.
Lunes a viernes de 9:00 a 14:00 hrs. y de 17:00 a 19:00 hrs. **Horario de clases:** Miércoles y jueves de 9:00 a 14:00 y de 16:00 a 18:00 hrs.